



| UNR

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**Trabajo Integrador Final**

**“Amor en transferencia. El Psicoanálisis, una práctica de discurso erótico.”**

**Modalidad de presentación: Ensayo**

**Autor: Del Prado, Julián**

**Legajo: D-5189/6**

**Docente responsable: Lemberger, Graciela**

**Año: 2022**

**Índice**

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Desarrollo.....	5
Conclusión.....	12
Reflexiones para concluir.....	14

**Resumen**

El presente ensayo se propone reflexionar acerca de cómo se pone en juego el amor en transferencia, siendo este un concepto fundamental en la práctica analítica. A lo largo del desarrollo se intentará poner dicho concepto en tensión, tanto desde Freud y Lacan como también otros autores contemporáneos, a los fines de dar cuenta de la vigencia y la importancia que merece la temática. Como eje fundamental se tomará la tarea de recortar la especificidad del Psicoanálisis como también del Sujeto que opera en él, a los fines de demostrar que desde el Psicoanálisis se pone en juego el amor, como un discurso erótico ligado a la transferencia, siendo el analista su soporte y sostén, pudiendo dar lugar a

atravesar la trama edípica constitutiva.

**Palabras clave**

Transferencia - Sujeto - Deseo - Psicoanálisis - Eros.

**Introducción**

La práctica del Psicoanálisis ha de ser pensada como un discurso. Allí donde Freud buscaba establecer una nueva ciencia, fundó un discurso, y ya no pudimos volver a pensar por fuera de su producto, el Psicoanálisis. Volvemos incansablemente a su obra que como tal corre el riesgo de olvido, dependiendo de que quienes se arriesguen a su práctica no lo maten ni lo dejen morir. Ser fieles a su obra no es repetir incansablemente sino provocarlo, hacerlo hablar, entablar un diálogo junto con otros discursos para encontrar un desencuentro fértil, hacer florecer allí donde parecía marchitarse.

Julia Kristeva (1987) escribe: “El diván del psicoanalista es el único lugar donde el contrato social autoriza explícitamente una búsqueda —aunque privada— del amor” (p.5). Es ahí, donde los ruidos aturden, cuando en un diálogo tan particular relatamos historias, historizamos. ¿Podría existir el Psicoanálisis sin estas historias? Podríamos decir que son ellas las que dieron lugar al descubrimiento freudiano, fueron las histéricas de Freud que con su cuerpo mostraban de un modo casi teatral eso reprimido que a gritos conversivos pedía ser escuchado. Ese fue el primer gesto freudiano fundante y ético a la vez: habilitar una escucha allí donde las histéricas eran limitadas a farsantes. Freud les dio un lugar y se atrevió a subvertir el discurso médico predominante. Los síntomas histéricos en su conversión hablaban de un deseo reprimido, un deseo sexual e incestuoso.

Es interesante poder recuperar cómo define al Psicoanálisis su fundador: se trata de un método de investigación que, mientras investiga, cura. Y en el decir el analizante busca ilusamente una verdad. Busca en ese espacio, en ese nuevo encuentro con el analista, poder recorrer la vida con algunas satisfacciones, sabiendo que no es posible alcanzarlas totalmente, pero que lo relanzan cada vez; poder hacer con ellas la vida un poco más vivible, encontrar ese poco de libertad, a modo de elección forzada, que provoque arriesgarse sin garantías. Por lo tanto, la apuesta será poder dar cuenta de cómo el discurso del Psicoanálisis resiste a la época actual, incomodando en tanto que no puede liquidarse de la esfera pública. Continúa hablando de la experiencia amorosa, sus marcas y entretreídos puestos en acto en un análisis que, además, constituye una falta como potencia.

### **Desarrollo:**

Freud buscaba fundar una nueva disciplina. Un trabajo que en principio estaba destinado a neurólogos pero que declinó como tal, no fue un proyecto de psicología ni para la neurología: hago mención al *Proyecto de una psicología para neurólogos* de 1895. Si bien su formación académica se da dentro del campo de la medicina, su invención rompe los vínculos establecidos, como puede leerse en Foucault, en su conferencia “¿Qué es un autor?” (1984):

cuando hablo de Marx o Freud como “instauradores de discursividad”, quiero decir que no sólo hicieron posible un cierto número de analogías, sino que hicieron posible, también, un cierto número de diferencias. Abrieron el espacio para algo distinto a ellos y que sin embargo pertenece a lo que fundaron. Decir que Freud fundó el Psicoanálisis no quiere decir (no quiere decir simplemente) que el concepto de libido, o la técnica de análisis de los sueños vuelven a encontrarse en Abraham o Melanie Klein; quiere decir que Freud hizo posible un cierto número de diferencias respecto a sus textos, a sus conceptos, a sus hipótesis, que dependen todas del propio discurso psicoanalítico (p.100).

Es imprescindible recordar que cuando Freud se encuentra con sus histéricas, estas que suscitaban una mentira, un engaño, simuladoras; las escucha, les da un lugar y ocurre en ese encuentro una sorpresa, algo inédito para los desarrollos de la medicina: esa lectura que pretendía la comprobación neuronal, explicaciones fisiológicas, cae. Es así que Freud en *La Interpretación de los sueños* (2007) plantea:

La idea que así se pone a nuestra disposición es la de una localidad psíquica. Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica (p. 529).

Freud da lugar entonces a un nuevo cuerpo, no sólo teórico; o tal vez, ese cuerpo permitió sus lecturas, inédito para la medicina y en consecuencia rechazado por ella. En el cuerpo freudiano además de no caer en reduccionismos anatómicos se calla a gritos aquello que humaniza: la sexualidad. Y es que además del obstáculo que le supuso chocar contra el cientificismo reinante de la época, choca también contra la moral. Se encuentran entonces los fundamentos de estos síntomas en otra escena.

Tras haber expuesto esto vale recuperar que Freud en la primera de las *Conferencias de introducción al Psicoanálisis* (2007) menciona que la práctica del mismo supone dificultades: la primera, de carácter intelectual, la hipótesis del inconsciente, y además otra estético-moral, la sexualidad.

Por un lado Freud inaugura un nuevo discurso y un nuevo modo de leer los síntomas neuróticos siendo estos la práctica sexual de los enfermos, tal como destaca Lou Andreas Salomé (1998) cuando señala que:

Como se sabe fueron las secuelas empíricas en los casos de pacientes de histeria tratados en equipo por Jos. Breuer y Sigm. Freud, lo que llevó a Freud a considerar la sexualidad como el rasgo menos considerado en el trasfondo del cuadro clínico de esta dolencia, los sucesivos casos posteriores, tratados personalmente por él, le revelaron sin duda alguna la interconexión vigente entre la histeria y las perturbaciones sexuales mientras que en el trato de la neurosis obsesiva se manifiesta otro factor —perturbación en el ámbito de las tendencias del yo— como algo decisivo en la detección de las neurosis hacia las psicosis; y finalmente la actual fórmula de Freud captó la reciprocidad de la perturbación en

5

ambos casos al manifestar que la neurosis se origina en el conflicto entre el yo y la libido (p. 112).

Pero Freud (2007) echa luz en un aspecto crucial, la sexualidad infantil.

Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las transgresiones

posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales transgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral (p. 173).

Y no es simplemente esto lo que trae el padre del Psicoanálisis sino el carácter bisexual de la vida anímica, tal como lo sostiene Freud (2007) en la Conferencia 33, titulada “La feminidad”:

Estamos habituados a usar “masculino” y “femenino” también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos transferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente (p. 106).

La sexualidad humana se diferencia radicalmente de la sexualidad del mundo animal, desde el componente de la bisexualidad, y allí sus diversidades: como en el objeto de la pulsión, errático, lo más lábil, según sostiene Freud en *Pulsiones y destinos de la pulsión* (1915). En relación a la satisfacción de la pulsión, Silvia Migdalek (2014) dice que esta no existe en plenitud y que es justamente este acontecer el que funda el campo del deseo, satisfacción que se satisface de no satisfacerse, de aquí que toda ella sea sustitutiva. Incluso la que proporciona el amor.

Alexandra Kohan (2019) en relación al Psicoanálisis expone que:

La novedad radical que aporta el psicoanálisis es que el síntoma (en el cuerpo), al igual que las demás formaciones del inconsciente (sueño, chiste, lapsus), configura un texto, una escritura que deberá ser leída. Lo que Freud vino a mostrar es que la operación de lectura sobre el cuerpo no será la de agregar sentidos, la de producirlos, sino la de desnudar sentidos que, amarrados, precipitan un padecimiento. El cuerpo está enfermo de sentido y se trata a través de la lectura de la disolución de esos sentidos. Esa lectura sólo es posible si se suspenden los saberes y las certidumbres previas. La lectura, tal y como se desprende de este primer gesto freudiano, se ubica en las antípodas de lo que puede anticiparse. Sólo sabremos si se produjo la lectura, por sus efectos. Si Freud fue comparado con Champollion, fue porque su posición ética y su deseo de saber se sostuvieron a contrapelo del poder y del saber médico-científico. Pudo descifrar el enigma de los sueños, el enigma del cuerpo allí donde supo pasar al olvido lo que sabía. Sólo así pudo advenir, sorpresivamente, aquello que no estaban, aquello que acontece novedoso: ese síntoma, ese cuerpo (p. 5)

¿Es el cuerpo, como un lugar de escritura que tiene la potencia de ser leído, también lector? Me pregunto, en tanto que la dependencia que suscita con los otros es crucial para un devenir singular, propio. Es clave el encuentro entre cuerpos para su constitución. Es en el tratado de la historia de ese cuerpo tramado por recuerdos, relatos que dejan huellas, inscripciones. El deseo como escritura en el cuerpo deviene un cuerpo erógeno. Es interesante, si seguimos la lógica del cuerpo como escrito, la chance que nos permite pensar el idioma francés: *lettre*, es tanto letra como también carta. Un escrito enviado hacia otro para que sea leído, cartas que, como recupera Anne Carson (2020), son el subterfugio erótico entre los personajes de una novela. Una novela como ese escrito que se arma en capítulos, que se unen entre sí para formar una historia que conducirá inevitablemente a un final que en sus comienzos se enuncia sin saber de qué modos o en qué momentos se realizará. Tal vez, nos deje como esperanza sostenida en

un horizonte clave la renuncia al sufrimiento desligado. De esto podemos pensar que se trata el psicoanálisis como un lugar de lectura y reescritura de aquello que aparece como cifrado en el cuerpo, propio y ajeno a la vez.

En este punto vale recuperar el sujeto del psicoanálisis, con qué concepción de éste trabajamos.

Tomemos como referencia lo que destaca Lacan en *Los escritos técnicos de Freud* (2007) acerca de la singularidad cuando introduce que:

¿Qué quiere decir estudiarlo en su singularidad? Quiere decir que esencialmente, para él, el interés, la esencia, el fundamento, la dimensión propia del análisis, es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles, es decir hasta una dimensión que supera ampliamente los límites individuales (p. 26).

Ahora bien, esta historia que señala Lacan no es el pasado, sino que es el pasado en el presente, es aquella verbalización actual que toma como propia cada sujeto en su singularidad, es la historia presente de lo vivido en el pasado que ahora aparece como búsqueda. No es tan importante la rememoración de los acontecimientos, lo que importa es aquello que tiene la potencia de una reconstrucción. Un tiempo diferente que nos aleja de las pretensiones cronológicas para darle lugar a esa temporalidad del inconsciente en la que es posible una relectura de aquello que en el relato emerge como recuerdo, para escribir nuevos capítulos con esos retazos de historias.

El psicoanálisis aparece entonces como una práctica en donde lo que cobra importancia es el hablar, pero también una escucha. Serán dos lugares mediados por la palabra en su estatuto de sostén, pivote que invoca una relación particular, única. Situación tan basal que descubrió una relación de a tres. Analizante, analista y lenguaje constituyen así una tríada tan íntima y privada donde quien habla tiene la potencia de decir lo que sea en un instante sorpresivo en donde eso se hará escuchar. Casi sin atención, casi como si nadie estuviese allí.

Si la práctica analítica ha avanzado, se lo debemos a la lectura de Lacan y a la formalización del sujeto en tanto tal, diferente al de la filosofía, que puede ser entendido como autoconciencia, o al sujeto desde de jurídico, que significa súbdito. Con Lacan el sujeto se supone en una sujeción al lenguaje. Siguiendo a Guy Le Gaufey en *El sujeto según Lacan* (2010):

Cualquiera que sea la forma en que se entienda a ese “sujeto representado por un significante para otro significante”, de entrada se presiente, en efecto, que él tampoco es una entidad como el intelecto agente del averroísmo latino o el ego cartesiano o el sujeto trascendental kantiano o el ego trascendental a la manera de Husserl: una cosa genérica que vendría a recubrir a la especie y donde cada uno alojaría, al modo de bernard-el ermitaño, lo más agudo de su intimidad enunciativa y deseante ¡No! Ese sujeto respira de entrada, sin más desenfrenos argumentativos, lo máximo posible en materia de singularidad (p. 132).

El sujeto es lo que un significante representa para otro significante. Es sabido que los aportes de Saussure fueron cruciales para abordar este aspecto en *La instancia de la letra o la razón desde Freud* (2014). El peso se halla en la relación significante que por su negatividad (ya que un significante no se significa a sí mismo) da lugar a poder pensar una diferencia, una hiancia.

Como efecto de lenguaje se debe considerar que no hay un ser hablante que no se halle sometido a la estructura simbólica: el sujeto del inconsciente es aquel que es efecto del mismo, en la medida en que aquel está estructurado como un lenguaje y desde esta

lógica se instaura una relación previa con el significante: el significante preexiste al sujeto.

El significante crea el campo de lo inconsciente del que es efecto el sujeto. Es así que no es el Sujeto otro yo que guía, sino que es *un efecto*. Es en esta dirección que podemos dirimir que cada uno de nosotros no somos más que esclavos sujetados por una estructura que nos determina y de allí el fracaso de la libertad.

¿Dónde podríamos ubicar al lenguaje? En el Otro, esa otredad a la que vía identificación se posiciona el sujeto en la dimensión real, simbólica e imaginaria. Otro particularizado para cada sujeto. “Si dije que el inconsciente es el discurso del Otro (Autre) como una A mayúscula, es para indicar el más allá donde se anuda el reconocimiento del deseo con el deseo de reconocimiento. Dicho de otra manera, ese otro es el otro que invoca incluso mi mentira como fiador de la verdad en la cual él subsiste. En lo cual se observa que es con la aparición del lenguaje como emerge la dimensión de la verdad (p. 491)

Podemos decir con Lacan (2016) que el psicoanálisis es una práctica de discurso en tanto que: “el inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto, es la dimensión donde el sujeto se determina en el desarrollo de los efectos de la palabra, y en consecuencia, el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (p. 155).

Ahora bien, tenemos como propuesta aquello que Lacan trabaja en *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* (2016): el analista forma parte del concepto de inconsciente. ¿De qué manera? Como testigo de una pérdida, vale decir, a efecto de su propio análisis. En un análisis se habla no a modo de realización de una serie de formas lingüísticas sino en tanto que el decir que se desprende de los dichos hacen a la causación del sujeto. ¿Qué es un sujeto para el Psicoanálisis a partir de Lacan? Podemos acercarnos a la idea que un sujeto es efecto ¿De qué? Del significante. “El sujeto es ese surgimiento que, justo antes, como sujeto, no era nada, y que apenas aparece queda fijado como significante” (p. 207). De este modo despejamos toda noción de sustancialización del Sujeto, en tanto que *sujetaulanguage* tomado por la lógica del lenguaje, del significante.

Leemos en Miller (1993) que en el pensamiento de Lacan, se encuentra bañado por los discursos de su época, entiéndase, el estructuralismo. Hay autores que fueron cruciales para este punto: Saussure, Lévi-Strauss, Jakobson. Es a partir de ellos pero en un acto de desprendimiento que da cuenta de esta formulación debido que para los desarrollos de la lingüística estructural un elemento vale por su relación con otros, y es con esto que se forma la famosa definición de que un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante. No hay pureza ni totalidad sino falta en ser.

¿Cuándo habla un sujeto? En transferencia, en tanto que se constituye una demanda como demanda de análisis apelando a un Sujeto Supuesto Saber, condición ineludible para la transferencia. ¿Por qué acontece?, ¿cuáles serían sus consecuencias? *Sujet* no es la persona, individuo de carne y hueso que se suele denominar paciente, sino que, en francés, idioma derivado del latín y en el que Lacan producía su transmisión sin desconocer sus raíces, puede dar lugar a diferentes traducciones: sujeto, tema, asunto, contexto. Trama histórica que se teje y desteje para su producción. Hay dos términos, que bien podrían ser dos protagonistas de una historia singular, muy interesantes que Lacan en el seminario *La transferencia* (2019) introduce para una lectura de *El banquete* de Platón: el *erastés* y el *eromenos*. El *erastés*, como aquél que en carencia se dirige a un otro, y el *eromenos*, el amado, el único que “tiene algo”, objeto ágama, objeto que se posee en su interior. ¿Hay correspondencia entre este objeto que brilla en *eromenos* y aquél que persigue *erastés*? No, carencia de uno no es lo que en otro está velado. De ahí el problema del amor. Podemos pensar entonces la figura de *erastés* como el analizante y

eremenos como la del analista, al que se supone un saber que como tal no le pertenece a

8

ninguno, sino que será un tema a despejar. Podríamos acercarnos, a modo de apuesta, a decir que es el deseo del analista como el lugar que sostiene y guía el tránsito por un análisis. Comienzo parecido al amor, el analizante busca repetir el reconocimiento del otro como amado, lugar que ocupará en algún momento el analista.

¿Podemos pensar de este modo a la transferencia como aquello que nos guía en una ética sostenida por una erótica? Freud tuvo que sortear un obstáculo para convertirlo en condición de trabajo para un análisis, fue allí donde tuvo que abrir nuevos horizontes que marcarían una ruptura fundante de su práctica. Entre sus textos referidos al trabajo analítico y su relación con la técnica destaco fundamentalmente *Sobre la dinámica de la transferencia* (2007) y *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (2007), donde se menciona que el amor emerge como resultado de la relación analítica, un amor que tiene sus propias características y reglas, que se alejan de la moral médica y cotidiana, que es un obstáculo pero también un auxiliar que colabora en la dirección de la cura. Merece su tratamiento especial, ponerlo al servicio del trabajo analítico sin ser sofocado. Así Freud (2007) en relación al trabajo realizado con Dora menciona que: “La transferencia, destinada a ser el máximo escollo para el psicoanálisis, se convierte en su auxiliar más poderoso cuando se logra colegirla en cada caso y traducírsela al enfermo” (p. 103). No se trata de estar cómodos, no se trata de atravesar el trabajo que nos propone el psicoanálisis vírgenes sin ningún tipo de consecuencias. ¿Acaso quienes estamos en análisis podemos decir que somos exactamente los mismos que cuando comenzamos esta relación? Si se establece la relación transferencial abriremos los capítulos destinados a hablar del amor. No hablamos de otra cosa o al menos cada relato desemboca en el susurro de sus relaciones, sus enredos, sus fracasos y también sus triunfos. ¿Puede Eros ofrecernos otra cosa siendo hijo de la abundancia y la carencia? No hay garantías de que se establezca un lazo tan especial puesto que el amor escapa a las lógicas del mercado, no es posible medir sus consecuencias, no hay garantías de que lleguemos a buen puerto ni de que arribemos. La cura no está garantizada pero introducirnos en el recorrido que propone este encuentro inédito es otra cosa. Es una aventura que puede llevarnos a los lugares más oscuros como también iluminar aquellos que previamente, tal vez por su incapacidad de ser leídos como posibles, no se encontraban presentes.

Vamos a comenzar por situar la transferencia en tanto concepto fundamental. Dice Lacan (2016): “Este concepto está determinado por la función que tiene en una praxis. Este concepto rige la manera de tratar los pacientes. A la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto” (p. 130). Este concepto es fundamental en la medida en que, como lo dice Guy Le Gaufey (2004) “quiten la transferencia o más exactamente el recibimiento tan específico que el analista ofrece a la transferencia, suspendiendo cualquier tercero individuado y tendrán toda la clínica que quieran” (p. 62). Esto posiciona al analista, más precisamente al deseo de analista, en la dirección de la cura para no hacer ejercicio de poder.

Siguiendo a Lacan (2016) la transferencia es también “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” (p. 152). Esta realidad es sexual y se manifiesta por el montaje pulsional del cual el analista es tomado en transferencia haciendo semblante del objeto que persigue sin encuentro, el objeto *a*. En un psicoanálisis se habla y este hablar es erótico, escribe Gloria Leff (2008).

Si no hay un objeto que engrape con el deseo, si este encuentro es contingente y por lo tanto azaroso, no hay nada que nos prepare para el encuentro amoroso con el analista, la

teoría vacila y la experiencia habla. Es cierto que a Freud se le enamoraban sus pacientes y como tal es un efecto secundario pero ¿por esto hay que rechazarlo? El amor en transferencia es tan genuino como aquel que se vive por fuera de un análisis, no debemos dejarlo en cenizas ni arder en su incendio, nos transmite Alexandra Kohan (2020). Es un amor con sus vaivenes, con su angustia y con obstáculos a sortear.

9

Novedoso en tanto que no es un ideal del amor, no es un amor ideal, no hay complementariedad. Julia Kristeva (1987) escribe: “el diván del psicoanalista es el único lugar donde el contrato social autoriza explícitamente una búsqueda —aunque privada— del amor” (p. 5). Es atravesar el amor, su historia, ese entretejido, esa trama en la cuál acontece el sujeto en ese instante fugaz del equívoco acertado, en el relato de sus sueños. Como nos transmite Lacan en el seminario *El deseo y su interpretación* (2015), un psicoanálisis se ocupa de esos fenómenos residuales, marginales. No hay formaciones del Inconsciente sin libido, esa energía psíquica del deseo.

El amor que se pone a jugar en un análisis tiene sus especificidades, condenado a su acabamiento, a que queden residuos. Es un amor que promete la separación.

Al analista se le supone un saber acerca del sufrimiento que lleva la intimidad con un analista, en esta función que deviene a encarnar. ¿Qué hace posible que alguien se sienta convocado a hablar? ¿Qué tiene de singular este encuentro? Freud escribe en *Esquema del psicoanálisis* (2006) en relación a la transferencia menciona que en el lazo transferencial analista y analizante:

ve en él un retorno —reencarnación— de una persona importante de su infancia, de su pasado, y por eso transfiere sobre él sentimiento y reacciones que sin duda se referían a ese arquetipo. Este hecho de la transferencia pronto demuestra ser un factor de insospechada significatividad: por un lado, un recurso auxiliar de valor insustituible; por el otro una fuente de serios peligros. Esta transferencia es ambivalente, incluye actitudes positivas, tiernas, así como negativas, hostiles, hacia el analista, quien por lo general es puesto en el lugar de un miembro de la pareja parental, el padre o la madre (p. 175).

Es que así es *Eros*, dulce y amargo a la vez, como sostiene Anne Carson (2020), nos sorprende y nos invita a jugar para ganarle terreno a ese malestar mortífero que llega en donde estemos dispuestos a recibir y abrir las orejas.

Al analista no solamente se le supone un saber, sino también un sexo, un *Eros*. En este sentido no es libre su elección o es un atributo del inconsciente, puesto que esto se encuentra en la experiencia freudiana, la experiencia del Psicoanálisis. Luciano Lutereau al respecto recupera de su práctica lo siguiente:

Lo que quiero ubicar ahí es como, independientemente del género del analista, del modo en que el analista se autoperciba, independientemente de cómo pensemos la posición del analista como femenina —tema para desarrollar en otro contexto—, hay un punto en la presentación misma que incluye transferencialmente la indicación de una atribución de sexo al analista. No se le habla a otro asexual (Lutereau, L. y Farías, F., 2021, p. 15).

En un encuentro donde *Eros* se hace presente sin invitación ni anuncio, esperarlo nos quita de su potencia y además, es inútil. ¿Por qué? Le quitaríamos toda la potencia de una experiencia subjetiva amorosa, ese movimiento que inaugura un camino con la característica de que no hay mapa previo, ni brújula exacta que nos guíe a hacer el bien. Será difícil la cruzada y tolerar la labor que no posee garantías, que es contingente y singular cada vez. Inédita. Así es la trama del amor.

De este modo, sortear el Edipo. Así nos transmite Freud en *Tótem y Tabú* (1913): cuando en el mito de la horda, el hecho de matar al padre inaugura una legalidad que como tal señala prohibición, da lugar al deseo. Bajo estas coordenadas podemos apostar por establecer que deseo y ley son dos caras de una misma moneda. No todo está permitido ni accesible pero hay un resto que hará causa del deseo, como también los lazos sociales.

10

El deseo es contradictorio porque es lo íntimo, lo singular pero desconocido. El deseo se nos propone contradictorio porque está allí donde el Yo lo pierde, no es una propiedad ni es una elección. Se resiste al control. Es esa imposibilidad que lo habilita, un "no" que inaugura posibilidades contingentes pero necesarias.

Así, matar al padre para servirse de él, haciendo del Edipo un fundamento. Poder amar al padre, en algunos casos, sin hacer de él la causa, pudiendo ir más allá a consecuencia de saberse deudor.

El trabajo de un análisis puede permitir amar al padre de otro modo. Será entonces poder navegar la singularidad de la historia de cada quién, uno por uno de quienes se dispongan a hablar para abrir así los tormentos en testimonios que habiliten un cese, un corte.

El psicoanálisis resiste porque sigue apostando a lo humano, su deseo. El *désir* nos aleja de las máquinas, nos hace discursivos y singulares. Los movimientos de apertura que inaugura un psicoanálisis dan cuenta de que el control y la seguridad, en términos solidarios de predicción, fracasan, es más, no podemos asegurar que no haya dolor ni angustia. Tal vez, pienso mientras escribo, allí radique la potencia de esta navegación aunque no tenga hoy día ningún prestigio. Somos tomados por el amor y en este encuentro sólo resta caerse, *fall in love*.

### **Reflexiones para concluir**

El recorrido escritural de este trabajo, el último de la carrera de grado, me permite la relectura de Freud y Lacan como también de algunos contemporáneos que en la búsqueda se presentaron como novedosos y provocadores de un recorrido y una síntesis. Concluir, paso necesario para nuevas búsquedas, no tiene el carácter de fin sino una finalidad. No es la pretensión cerrar conceptos ni excluir los errores que puedan acontecer. El ensayo no es un cálculo sino una escritura que permite una relectura de aquellos libros que me hicieron producir una respuesta ¿Qué es el amor? ¿Cómo afecta a un psicoanálisis? No hay una respuesta que pueda tener el estatuto de cerrar la pregunta. Ensayar después de todo tiene que ver con poder responder a medias, escribir es el encuentro en las oscuridades dejando de lado la tentación por encender la luz. *Eros* y *Psique* saben de esto.

El psicoanálisis es una práctica de discurso erótico, un encuentro con un Otro sexual que permite reescribir lo mal escrito en la trama edípica, encuentro del que si bien se puede estar advertidos, así nos legó Freud en sus casos, no quiere decir estar a la espera, lo suficientemente listos para la sorpresa que enmarca el encuentro tan singular, en tanto que singular es la constitución de un sujeto que pueda vérselas con su deseo, compleja

apuesta en tanto que siempre el deseo es una dificultad, un tropiezo, un malentendido. No hay fórmulas que nos digan cómo actuar o cómo hacer que ocurran ciertos acontecimientos, no hay recetas precisas para lo que de aventura tiene un psicoanálisis, lo que puede ponerse a hablar en este encuentro, será eso que emerge como un decir singular. “Decir” en su homofonía con *désir* en francés que es deseo. Hablar es, de algún modo, encender los motores del deseo, el destino es la sorpresa misma de no saber a dónde se ha llegado. *¡Ça parle... encore!*

El amor es un acontecimiento en sí mismo, nada puede mantenernos a salvo, incluso la sospecha de que ocurrirá, no hay garantías de su suceso como tampoco del desenvolvimiento que tendrá. Se corre de cualquier sometimiento mercantil, resiste a su lógica de la previsión y el control. *Eros* es lo indomable. Tal vez, pienso, eso es lo excitante, lo pulsional. El amor como *Eros* implica las complicaciones que nos hacen vivir, que nos empujan a la vida más allá del dolor que puede implicar estar vivos. Es la revancha de los partidos jugados en otro tiempo que ahora se hacen presentes en un futuro anterior. Será difícil comprender que el amor no se desprende del dolor, es su otra cara, caminan juntos y el desafío adviene en cómo mantenerlos así, juntos, ensamblados de modo tal que no se resten potencia. *Eros* es lo *dulceamargo*, la provocación sostenida en el tiempo. ¿Qué nos muestra el mito de *Eros* si no es acaso su carácter ambivalente de ser producto de la pobreza y la abundancia? Las dificultades no tardarán en acontecer y sus desafíos se harán notar como la promesa de un horizonte creador.

Si hay algo que resiste en la época actual, que aún hace del psicoanálisis ese discurso que incomoda por no poder liquidarlo de la esfera pública, es que es un discurso que no niega al amor, sus obstáculos y posibilidades como motor, es un discurso que da cuenta de la falta como posibilidad de desear y amar. Esta falta se constituye en un análisis. En un contexto en que todo pareciese tener que abordar la completitud de cierta *Gestalt*, el psicoanálisis marcha a contrapelo para dar lugar a los quiebres, a las rupturas. Un caos que nos hace hablar, es decir, *parlêtres*, seres hablantes.

Freud tuvo el valor de no retroceder ante aquello que se instalaba en su praxis como una dificultad, no rechazó el amor que sus histéricas manifestaban en la escena sostenida por la transferencia. He aquí sus agallas como también su ruptura con Breuer.

No hay explicación científica que pueda dar cuenta del amor, las neuronas y su comunicación sináptica, compleja y necesaria, no explican la experiencia del amor, la experiencia subjetiva del amor. Se escapa a los recipientes, radiografías, o cualquier

12

avance científico que busque hacerlo concepto universal, huye de la moral médica. El discurso médico no lo desconoce pero lo rechaza, forcluye su potencia, descarta así al sujeto del psicoanálisis. Si el análisis coincide con la alegoría propuesta por Leff (2008) (donde se plantea que, al interior de una chimenea dos que pasan por esta no podrían salir limpios, ninguno de ellos) un analista se encuentra tomado por esta situación pero su deseo, en tanto analista. Digo, en el hecho de sostener una escena transferencial a los fines de que un sujeto se produzca *erastés*, sujeto deseante.

Por eso, el psicoanálisis en la escucha inaugurada por Freud a sus histéricas funda una ética a la vez que crea un campo. Podremos decir que practicamos el psicoanálisis en la medida que no rechazamos lo erótico de la transferencia en el encuentro que suponga otro, que como tal será inédito. Un recorrido sin certezas, afrontando lo inesperado, librando las batallas de mayor intimidad, el susurro del decir, palabras creadoras del acto que instituye una vez más la causa deseante, volver al ruedo hasta que valga la pena vivir. Enunciar que no hay felicidad desde el psicoanálisis puede sonar como una

catástrofe, pero después de todo sin esos dolores que nos atraviesan, sin esas experiencias que amenazan con derrumbarnos, sin lo trágico ¿qué podríamos decir de los eventos que causan? ¿Qué lugar tendría la sorpresa de los días más felices?

Un analista, entonces, ¿cómo podría apostar por aquello que no sabe que ocurrirá? A riesgo de apresurarme demasiado, pero con la convicción de que es así, respondo que puede hacerlo porque de algún modo esa vivencia ha sido transitada en otro momento y el resto caído de este pasaje es esta posición asumida.

Apuesto entonces, a modo de una creencia, que es posible crear palabras y hacer discursos allí donde el dolor llega a los espacios propuestos por el psicoanálisis, la intimidad que se propone en consultorios privados, hospitales, escuelas, instituciones de las más variadas. Producir una lengua para no caer derrotados ante los avatares de la vida, incluso ante los finales de las historias de amor más pasionales.

### **Referencias Bibliográficas:**

— Carson, A (2020) *Eros el duce-amargo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fiodor.

— Foucault, M (1984) “¿Qué es un autor?” en *Revista Conjetural* Vol. 3, p. 87 - 111.

consultado en <http://www.conjetural.com.ar/>

— Freud, S (1979) “Conferencia 33: La feminidad” en *Obras completas (Tomo XXII)*. Bs. As. Ed. Amorrortu.

- Freud, S (1991) “Tótem y Tabú” en *Obras completas (Tomo XIII)*. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2006) “Pulsiones y destinos de pulsión” en *Obras completas (Tomo XIV)* Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “Conferencia N°1: Introducción” en *Obras completas (Tomo XV)*. Bs. As. Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “Fragmentos de análisis de un caso de histeria” en *Obras completas (Tomo VII)*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “La interpretación de los sueños” en *Obras completas (Tomos IV-V)*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” en *Obras completas (Tomo XII)*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “Sobre la dinámica de la transferencia” en *Obras completas (Tomo XII)*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S (2007) “Tres ensayos de teoría sexual” en *Obras completas (Tomo VII)*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Kohan, A (2019) *Por una erótica contra natura*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ed. Indie Libros.
- Kohan, A (2020) *Y sin embargo, el amor*. Elogio de lo incierto. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ed Paidós.
- Kristeva, J (1987) *Historias de amor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J (2007). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2014) “La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud” en *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J (2015) *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2016) *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2019) *Seminario 8. La transferencia*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.

- Le Gaufey, G (2004) *¿Es el analista un clínico?* En *Opacidades Revista de Psicoanálisis* N°3. Buenos Aires, Argentina. Ed. Cernedor.
- Le Gaufey, G (2004) “El signo de desconocimiento” en *Opacidades Revista de Psicoanálisis* N°3. Buenos Aires: Ed. Cernedor.
- Le Gaufey, G (2010) *El sujeto según Lacan*. Buenos Aires: Ed. El cuenco de plata.
- Leff, G (2008) *Juntos en la chimenea: La contratransferencia, las “mujeres analistas” y Lacan*. Distrito Federal: Epeeel.
- Lutereau, L y Farías, F (2021) *El sexo del analista. Analista mujer / Analista varón*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Migdalek, S (2014) *Entre el amor y el tiempo. Márgenes del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Miller, J (1993) “S’truc dure” en *Matemas II* Buenos Aires, Argentina. Manantial.
- Salomé, L. (1998) “Psicosexualidad” en *El erotismo*. Barcelona: José J. De Olañeta Editor.